

El escritor dominicano Max Henríquez Ureña incorpora en un solo tomo (*Rodó y Rubén Darío*. La Habana, Soc. Edit. "Cuba Contemporánea", 1918, 154 páginas) dos conferencias: la primera, de 1918; la segunda de 1916, pronunciadas en Santiago de Cuba. Por ahora sólo tocaremos la primera, sobre Rodó, que da en pocas páginas una información completa del escritor, su vida, su ambiente, su obra y hasta —sin quererlo— una preciosa antología de su prosa y contados versos.

A pocos pasos de la casa de Rodó, en Montevideo, se ve por tres partes el mar. El autor sugiere la influencia que la contemplación del mar pudo tener en la mente, en la filosofía misma, en el modo intelectual de Rodó, y espiga, al efecto, algunos pasajes oportunos.

El estudio sobre el "medio", en rápido y seguro trazo, sitúa a Rodó en su escenario. Mente armoniosa, Rodó busca una conciliación entre los partidos de su país. Fue francamente liberal, pero sin extremos pueriles ni arrebatos salvajes. En su anhelo de buscar el equilibrio de los contrarios en la penumbrosa zona de la belleza, recuerda a Renan, que tanto influyó en su formación. Frente a los problemas lite-

rarios es también un ecléctico. Como todos los escritores uruguayos de su brillante generación, es un devoto de la forma, sin enfermedad ni exacerbamiento. Ventura García Calderón advierte (¿es seguro?) que, hacia el final, en *Motivos de Proteo*, “desaparecen el período breve, la simplicidad perfecta y armoniosa. Hasta la gracia efusiva de antaño cede el paso a una pompa castellana”, en que se advierte la estructura literaria de los clásicos. Max Henríquez Ureña, comparando a Rodó con Montalvo, hace sentir que, mientras éste se mueve dentro de la norma clásica, como si él mismo la engendrara, Rodó la imita, y, sin sentirlo, se aleja de ella continuamente y vuelve al ritmo ligero que le es propio, donde se adivina el pulso de los estilos franceses.

La cultura de Rodó también es, sobre todo, francesa. Su verdadera dirección crítica es el americanismo, concebido con una intensidad histórica y poética que nunca antes de él se había alcanzado. América es para él la “magna patria”, y opone valientemente el sentido de las tradiciones y las esperanzas de Hispanoamérica a la deslumbradora realidad de los Estados Unidos, como se opone un dolor consciente a un bienestar fortuito y gratuito. Su optimismo liberal en política —interna e internacional— le lleva a influir en la vida pública de su país (tan necesitado, como todos, del auxilio de sus pensadores), sin descarriarse por eso ni dejar enmohecer los útiles de su oficio de letras. Su filosofía (un “devenir” en que, sin embargo, se salvan los privilegios de la voluntad individual) es más bien una filosofía moral. La persistencia indefinida de la educación parece ser su preocupación más profunda y firme.

Rodó tituló una página juvenil “El que vendrá”. El conferenciante cree ver en Rodó la encarnación de sus mismas profecías.

Una excelente bibliografía y apéndices ponen fin al breve trabajo.

S., 1918.